

# LUNES DE CALÍNEZ



—¡Ay, Calínez, amigo! Estoy indignado con la hazaña realizada en tu contra. Me he pasado los días estudiando el estado general de la elección y he visto con asombro las escandalosas usurpaciones de tus votos, llevadas á cabo en todos los colegios de la capital. ¡Qué descarro tan inaudito! En muchas actas no aparece tu excelso nombre ni con un solo voto. ¿Es posible esto? ¡Qué confabulación tan infuca y qué oprobio para la augusta y soberana función electoral!

—Cálmate, noble amigo; modera tus justos reproches y desprecia esas menudas y ridículas, esas menguadas y pobres corruptelas. Sé lo que ha sucedido; yo me tengo la culpa; á nadie más que á mí hay que hacer responsable de que tamaños desafueros se hayan realizado con escarnio y baldón de la impoluta magestad del derecho. Recordarás, que como rasgo de confianza y desprendimiento generoso por mi parte hácia los gestores de los actos electorales, renuncié á tener intervención en las mesas. Eso de intervenir una mesa, me ha parecido siempre función propia de la autoridad en los honestos y distinguidos centros de recreo ó de políticos gastronómicos en los suculentos festines presupestiveros. Pensé con el candor que me distingue, que los presidentes, que los adjuntos y que los interventores de mis compañeros candidatos, velarían con la más esquisita pulcritud por la fiel observancia de la ley y por la verdad de los resultados en el escrutinio y hete aquí, querido Tobálo, que los sufragios otorgados á mi candidatura han sido honítamente repartidos con la mayor equidad entre los otros tres candidatos Silvela, Serrano y Besada, pues á Jesús crucificado

sólo dejaron los que exclusivamente obtuvo en dulces esponsales con Besada unos y otros, los más seguramente, de sus fervorosos amigos y admiradores.

—¡Hola, hola! ¿De modo que han aplicado tus lugares á otros candidatos para deslucir tu elección?

—Ni más ni menos. Pero ya has visto que nada consiguieron con ello, pues luego las actas salvadoras de la provincia han superado mis esperanzas. ¡Qué enormidad, Tobálo! ¡Cincuenta mil votos! arroja la suma de esas primorosas actas, no contaminadas del purísimo blancor de otras que llegaron al amoroso seno paternal sin mancha de cifra alguna.

—¿Y donde tienes esas actas, que no se han visto por ninguna parte? Dicen algunos maliciosos, que no figuras tú en los resúmenes y en los estados que la prensa pública y que eso demuestra tu derrota.

—¡Inocentes! Mis actas á mí vinieron y ya están en su lugar. No pienses más en ellas: deja decir cuanto les plazca á esos pobres envidiosos de mi triunfo. Ni conocen el mecanismo especial de mi elección, ni saben lo que tienen entre manos.

—Algunos sí que lo saben, Calínez. Hay quien entre sus manos pecadoras tiene cuanto á su alcance encuentra y sabe que lo tiene ¡yá lo creo!

—Convenido. Pero son muy pocos los que dominan estas materias. Tú, sólo piensas en nuestro triunfo.

—Sí, es cierto. El triunfo ha sido general.

—¿Cómo general?

—Escucha. Han triunfado los tan consabidos Silvela, Serrano y Besada en la circunscripción, sin tener que apelar á las malas artes que suponen los mal pensados; han triunfado los otros cinco distinguidos señores en sus cinco maternales distritos, al influjo de sus legítimos merecimientos; ¡has triunfado tú! y ¡mira qué fenómeno tan sorprendente! ha triunfado el señor Jesús García en la capital y si bien se considera, moralmente en toda la circunscripción; Bellver triunfó, porque triunfó Besada, su candidato predilecto según hemos visto después, y ¡hasta D. Plácido, hombre, hasta D. Plácido, ha triunfado con la derrota del *Caudillo radical*! como fraternalmente designa á su amado amigo «Pepe Jesús» al decir de los grandes cartelones colocados en las esquinas la víspera de la elección, por orden de D. Plácido.

—Tienes razón, menos en considerar que